

TODA LA VERDAD SOBRE EL ASESINATO DE TRUJILLO

Manifestación de protesta en Nueva York por la desaparición del español Jesús Galíndez.



Y
2

El 30 de mayo de 1961, a las diez de la noche, fue asesinado el generalísimo Rafael Leónidas Trujillo, dictador de la República Dominicana. Un grupo de siete hombres mandado por el ex oficial Antonio de la Maza, interceptó su coche en una carretera, a nueve kilómetros de la capital, cuando Trujillo se dirigía a su hacienda «Fundación». El dictador, herido, no se defendió. Fue Antonio de la Maza el que terminó con quien había sido el amo indiscutido de la República Dominicana durante treinta y dos años.

La muerte de Trujillo era la primera fase de un plan para destruir su régimen y establecer en el país una democracia. En este artículo, final del reportaje, el periodista argentino Armando Rubén Puente, corresponsal de la agencia France Presse, da a conocer a los lectores de SABADO GRAFICO los resultados de su investigación sobre los antecedentes del asesinato, la ola de terror desencadenada por Ramfis Trujillo después de la muerte de su padre, el dictador, y la paradójica suerte que corrieron los restos de éste. Descubre así nuevos aspectos inéditos de una historia que supera con la realidad a la más fantástica de las novelas de espionaje o de misterio.

Por **ARMANDO RUBEN PUENTE**

Su hermano Octavio de la Maza, asesinado por el dictador, había sido vengado. En el portaequipajes del Oldsmobile, el cadáver de Trujillo era un trofeo de guerra y un testimonio de que el tirano había muerto y llegado la hora de la liberación del pueblo.

El Chevrolet que le precedía iba toc-toc, toc-toc, bamboleante, con una rueda pinchada y echando humo, con el radiador agujereado a balazos. El capitán Pedro L. Cedeño, con el estómago perforado por una ráfaga de ametralladora, respiraba entrecortado. Antonio Imbert, el teniente García Guerrero, Salvador Estrella y él mismo, Antonio de la Maza, iban también heridos, pero

apenas lo sentían en esos tensos instantes.

Quizá entonces De la Maza pensó en Galíndez. Si no hubiera sido por el asesinato del español Jesús de Galíndez y la ola de crímenes que siguió —el más abominable, el de su hermano Octavio—, probablemente aún viviría el dictador. El régimen era impopular en muchos sectores, pero otros —militares, hombres de negocios, funcionarios y, durante muchos años, la Iglesia— lo aprobaban pensando que si bien se cometían arbitrariedades y con frecuencia la represión era excesivamente violenta, el país sólo podía ser gobernado con mano dura. Por otra parte, desde 1930, cuando se instauró el trujillismo, la vida política, que nunca tuvo hondas raíces



en el país, había sido suprimida y reemplazada por la voluntad omnimoda de un hombre. En 1956 la situación económica era más pujante que nunca, y la combinación de respeto, de impopularidad, de indiferencia y de temor, hacían pensar que el régimen podía prolongarse indefinidamente en Santo Domingo. Fue entonces cuando se produjo el «caso» Galíndez, que significó el principio del fin.

EL PROFESOR EXILIADO

Jesús de Galíndez había llegado a la isla a fines de 1939. Formaba parte del contingente de cuatro o cinco mil republicanos españoles que Trujillo acogió al final de la guerra civil. El dictador, que apoyó hasta el último momento al Gobierno de la República, al terminar la guerra ordenó a la Legación dominicana en París que firmara un acuerdo con el titulado Gobierno en el exilio. Este pagaría el transporte, por barco, de los exiliados y entregaría a las autoridades dominicanas 50 dólares por cada español que acogiera; la cantidad se destinaría a crear colonias agrícolas. El español José Almoina, un turbio personaje que fue secretario particular de Trujillo, impulsó la iniciativa.

Jesús de Galíndez era uno de esos cuatro mil exiliados. Hijo de una familia madrileña de la alta clase media, hasta el 18 de julio de 1936, apenas se había preocupado por la política, salvo ciertas actividades en la F.U.E. de la Facultad de Derecho. Entonces, de pronto, se sintió vasco y se puso a trabajar por el Gobierno de Euzkadi, que se había constituido en Bilbao.

Cuando llegó a Santo Domingo tenía veinticuatro años. Fue profesor de la Escuela del Servicio Diplomático y asesor del Departamento de Trabajo. Siete años más tarde, en 1946, emigraba a Nueva York. La guerra mundial había terminado y los exiliados creían que el régimen español —condenado por los Estados Unidos, Francia, la Gran Bretaña y la Unión Soviética— iba a derrumbarse de un momento a otro; en las montañas de Galicia, los Pirineos, Aragón y Andalucía, operaban «maquis» que se infiltraban desde Francia; en las ciudades escaseaban los viveres y el carbón, y las potencias vencedoras habían decretado el aislamiento diplomático de España. Jesús de Galíndez se convirtió en representante del llamado Gobierno de Euzkadi en el exilio y comenzó a llevar una intensa vida



Plañideras mulatas lloran la muerte del benefactor.

política, al tiempo que daba clases en la Universidad de Columbia. Probablemente, ni una ni otra de esas actividades lo habrían hecho conocido más allá de ciertos círculos neoyorquinos. Pero Galíndez decidió escribir una tesis doctoral sobre la historia dominicana y en especial la era de Trujillo. Esa tesis le haría famoso en toda América, al precio de su vida. El dictador, que tenía confidentes en todas partes, supo pronto los temas histórico-políticos a los que se dedicaba el profesor y ordenó eliminarlo.

El 12 de marzo de 1956, a las diez de la noche, Jesús de Galíndez entró en la estación del Metro neoyorquino de la calle 57, esquina a la Octava Avenida. Fue la última vez que se le vio en el mundo de los vivos.

Un tiempo antes había escrito una corta nota que decía: «Caso de que me ocurra algo, tengo motivos graves de pensar que sería obra de agentes de Trujillo». La Policía, que encontró la nota al registrar su departamento, se movilizó, presionada por la prensa, y siguió varias pistas. Dos barcos dominicanos habían hecho escala aquella noche en el puerto de Nueva York. Uno de ellos salió al amanecer para volver horas más tarde. Al ser interrogado, el capitán declaró que había regresado a causa de una imprecisa avería. Los periodistas supusieron que el cadáver de Galíndez había sido arrojado al mar o incinerado en la caldera del barco. La opinión pública se alteró, y grupos de manifestantes desfilaron con pancartas de protesta ante la casa de Franklin Roosevelt,

Junior, hijo del famoso Presidente, que era abogado de Trujillo. El Presidente Eisenhower tuvo que aludir dos veces al caso en sendas conferencias de prensa.

CADENA DE CRIMENES

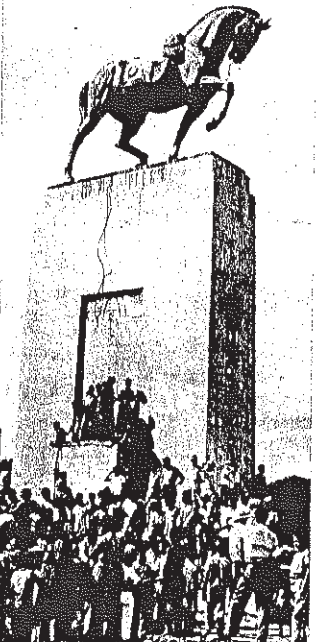
El FBI supo que un español, que se movía en el submundo del espionaje del Caribe y que empleaba docenas de nombres, aunque era conocido por todos como «el Cojo», había comentado semanas antes, en Miami, que estaba cumpliendo una misión encomendada por Trujillo: la de eliminar a algunos de sus enemigos. Pero «el Cojo» no pudo ser detenido; desde Nueva Orleans había salido precipitadamente para Santo Domingo.

«El Cojo» tenía una amante, Viera, que quizá pudiera saber algo. Tampoco pudieron interrogarla los agentes del FBI. Meses después apareció muerta al volante de un coche que se había estrellado en una carretera, no lejos de Ciudad Trujillo. La Policía dominicana certificó que había sido víctima de un accidente, pero no explicó cómo pudo ocurrir, porque Viera no sabía conducir.

Poco a poco los periodistas, que durante semanas se habían ocupado del «caso» Galíndez, fueron relegándolo a las páginas interiores de los diarios y finalmente dejaron de hablar de él. Otro inexplicable «accidente» iba a sacarlo del olvido nueve meses más tarde. El 3 de diciembre de 1956, la Policía dominicana informó a la Embajada de los Estados Unidos en Ciudad Trujillo que había encontrado un Ford abandonado en una carretera de las afueras de la capital, al borde de un acantilado. No había rastros de su propietario, el piloto Gerald Murphy. «Probablemente cayó al mar y fue devorado por los tiburones. Una verdadera desgracia», dijo el inspector con cara de circunstancias.

Nadie pensó en aquel momento que entre la desaparición de Galíndez y la de Murphy hubiera relación alguna. Una y otra habían ocurrido con diferencia de nueve meses y en lugares alejados por 5.000 kilómetros de distancia. Pero Murphy era un ciudadano norteamericano, y los políticos de su Estado, Oregón, se interesaron por el caso. Sally Clare, su novia, una pelirroja que era azafata de la Pan American Airways, dijo lo suficiente para que el senador Wayne Morse y el representante Charles Porter exigieran que se hiciera una investigación oficial.

TRUJILLO



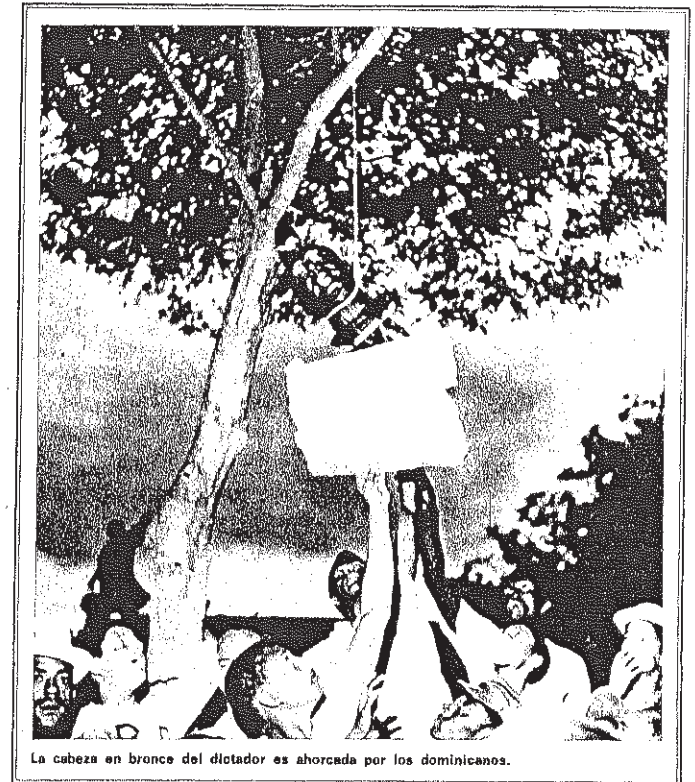
El fin de la gloria. Un tractor fue preciso para derribarlo del caballo.

Gerald Murphy tenía veintitrés años. Precisamente el día de su desaparición, Sally había hablado con él en el curso de una breve escala que un avión de la Pan American hizo en el aeropuerto de Ciudad Trujillo. Gerald le había dicho que se disponía a dejar la República Dominicana; para la Navidad estarían juntos, en Oregón, y se casarían; había ahorrado algunos dólares en los nueve meses que llevaba trabajando como piloto de la Compañía Dominicana de Aviación y reuniría algunos más con la venta del Ford, que iba a realizar ese día o al siguiente; luego haría sus maletas y se marcharía de la isla; esa misma tarde comenzaría a despedirse de algunos conocidos. Gerald dijo a su novia que a las cinco tenía una cita en el Palacio Nacional; en aquel entonces ella creyó que era precisamente para despedirse de algún funcionario dominicano amigo.

Ante las reclamaciones del embajador norteamericano, la Policía dominicana encontró una explicación a la misteriosa desaparición del piloto Gerald Murphy: detuvo a otro piloto de la Compañía Dominicana de Aviación, llamado Octavio de la Maza que, según el informe oficial, había matado al yanqui en legítima defensa, al rechazar las proposiciones deshonestas de Murphy, del que dijeron era un homosexual. Lo malo es que Octavio de la Maza se negó a firmar esa declaración y fue preciso añadir un nuevo capítulo a la novelesca historia. El 7 de enero de 1957 apareció muerto en la celda; se había suicidado, ahorcándose con el mosquitero y colgándose del caño de la ducha. Esa fue la explicación que la Policía dio a la Embajada de los Estados Unidos. Pero los agentes del FBI, enviados por Washington, comprobaron ciertos hechos:

- 1) La ducha no podía haber soportado el peso de Octavio de la Maza.
- 2) Aun en ese caso, no hubiera podido colgarse, ya que tocaría el suelo con los pies, dado que la ducha estaba colocada muy baja.
- 3) Los presos dominicanos no gozaban de lujos; tales como mosquiteros.
- 4) La nota que el supuesto suicida había escrito a su mujer, explicando los motivos de su decisión, era falsa.

«Octavio debió conocer el secreto de la desaparición de Galíndez me-



La cabeza en bronce del dictador es ahorcada por los dominicanos.

ses antes de su detención y supuesto suicidio. Varias veces intentó hablar con su hermano Antonio. "Tengo algo muy importante que revelarte", le dijo. Pero no le fue posible, los agentes de Trujillo le vigilaban día y noche. Cuando vimos su cadáver estaba lleno de golpes y quemaduras. Le habían torturado bárbaramente», recordó su cuñada, Aida Michel, viuda de la Maza.

El embrollo comenzó a aclararse cuando el FBI detuvo en Nueva York a John Joseph Frank, un inescrupuloso abogado, que en un tiempo había sido agente federal y de la CIA, pero que entonces trabajaba para Trujillo. Frank declaró que había contratado a Gerald Murphy y se lo había presentado, el 6 de marzo, en Nueva Jersey, al general Arturo «Navajita» Espaillat, cónsul general de la República Dominicana en Nueva York en aquella época, y a Félix Bernardino. Ambos eran los hombres de confianza de Trujillo para «misiones especiales» en el extranjero; casualmente se encontraban cuatro años antes en Nueva York, cuando en un callejón del bajo Manhattan fue asesinado, sin dejar huellas, un exiliado dominicano, Andrés Requena, y en La Habana, dos

años más tarde, cuando desapareció Mauricio Báez.

En la entrevista de Nueva Jersey se entregaron al piloto de Oregón recién reclutado 800 dólares para que alquilara un bimotor «Beechcraft». A la semana siguiente, el 12 de marzo, día de la desaparición de Jesús Galíndez, Murphy llegó al pequeño aeropuerto de Armitville, en Long Island. Poco después una ambulancia se acercaba al aparato y un hombre, tendido en una camilla, era izado al aparato.

El vigilante del aeropuerto lo recordaba bien, pero no pudo declarar en el proceso; murió de un ataque cardíaco. El mecánico que cargó los depósitos de combustible del bimotor tampoco pudo declarar: falleció en un accidente.

La justicia norteamericana pidió que se levantara la inmunidad diplomática al transitorio cónsul de la República Dominicana en Nueva York, general Arturo «Navajita» Espaillat, pero no fue posible. Había ya regresado a su país, destinado a un nuevo cargo.

Finalmente, el abogado John Joseph Frank fue condenado por ser un



agente de una nación extranjera y puesto en libertad bajo fianza. Pero el «caso» Galíndez jamás fue esclarecido del todo. Seis hombres que hubieran podido hablar se llevaron el secreto a la tumba.

FRACASA LA SEGUNDA FASE DEL PLAN

Por una ironía del destino, el general Arturo «Navajita» Espaillet, jefe del Servicio de Información Militar, fue el primero en conocer el atentado que costó la vida a Trujillo cinco años más tarde, el 30 de mayo de 1961.

«Navajita» Espaillet estaba aquella noche tomándose un whisky en El Pony, un restaurante situado escasamente a un kilómetro del lugar del atentado. Cuando oyó el tiroteo tomó el coche y se dirigió al lugar donde tableteaban las metralletas «Garands». Lo que vio al aproximarse le fue suficiente: el Chevrolet del dictador se hallaba al borde de la carretera y los faros de un automóvil situado cerca iluminaban un cuerpo tendido en el suelo, mientras media docena de hombres se movían alrededor. Espaillet giró velozmente y se dirigió al centro de la ciudad. Un cuarto de hora después ordenaba por radio a los coches-patrulla que se marcharan al sitio donde se había cometido el atentado.

Antonio de la Maza y los otros seis hombres del comando que acababan de asesinar a Trujillo vieron llegar al automóvil del temible jefe del Servicio de Información Militar y lo reconocieron. Por eso abandonaron el lugar en forma precipitada, dejando varias pistas que permitirían identificarlos en seguida: el Mercury, que pertenecía a uno de ellos, Salvador Estrella; la pistola de reglamento de Antonio de la Maza; el capitán Zacarías de la Cruz, chófer del dictador, malherido. Cuando poco más tarde llegaban a la casa del general Juan Tomás Díaz, se escuchaban ya a lo lejos las sirenas de los coches-patrulla.

En casa del general Juan Tomás Díaz esperaban otros miembros de la conjura, que debían poner en marcha la segunda parte del plan, la toma del poder y el desmantelamiento del régimen trujillista. Pero faltaban algunos de los hombres clave, como el general José René «Pupo» Román Fernández, ministro de las fuerzas Armadas.

Lo más urgente era atender a los heridos. El doctor Bienvenido Gar-

cía Vázquez, dentista, que figuraba entre los conjurados, examinó las heridas del capitán Cedeño, que seguía sangrando, y al darse cuenta de la gravedad del caso fue a buscar a su amigo, el doctor Marcelino Vélez Santana. Ambos decidieron llevar a Cedeño a la Clínica Internacional, para operarle con urgencia.

Mientras tanto, Antonio de la Maza, que tenía dos heridas, una en la cabeza, sobre la oreja izquierda, y otra en el costado izquierdo, se las lavó y hubo de cambiarse de ropa, que le prestó el general Juan Tomás Díaz, pues la suya estaba empapada de sangre. El teniente García



Doña Aida Michel, viuda de la Maza: «Era un valiente».

Guerrero, herido en el pie izquierdo, y Antonio Imbert, herido en el pecho, fueron atendidos aquella noche por el doctor Manuel Antonio Durán Barrera —que luego fue embajador en Madrid—, y Salvador Estrella, que tenía una herida superficial en la frente, por el doctor Rafael Batllé Viñas, comprometido igualmente en el complot.

Luego, al ver que no podían localizar al general Román Fernández y otros dirigentes de la conspiración, comprendieron que la segunda parte del plan, la toma del poder, quedaba aplazada y decidieron ocultarse.

Cuando Antonio de la Maza salía por la parte de atrás de la casa, acompañado del doctor Marcelino

Vélez Santana, se encontró con su mujer, Aida.

«Aquella noche presentí que algo anormal estaba pasando —recuerda ella—. Conocía los planes de mi marido en líneas generales e incluso en alguna ocasión le había ayudado a engrasar y guardar las armas con las que iba a ejecutarlos, pero al principio no creí que esa fuera la noche. Antonio cenó poco, antes de salir, a las ocho y media. Serían alrededor de las once cuando, impaciente, fui a casa de Juan Tomás. Estaba a oscuras y por eso decidí dar la vuelta y ver qué pasaba por atrás. Allá me encontré a mi marido, que iba en la guaguita de Juan Tomás. Estaba completamente sereno, pero al mirarle a los ojos comprendí lo que había ocurrido. Le entregué dos mensajes en clave que me habían dado por teléfono un rato antes y que leyó a la luz de los faros. Me dijo que debía esconderme con Lourdes, nuestra hijita, me indicó dónde y se marchó. Nunca más volví a verle».

«En otra casa me encontré con algunos más del grupo, entre ellos Juan Tomás, que me repitió que debíamos dispersarnos en seguida. Cuando volví a mi casa, a medianoche, ya habían llegado los calliers (policías), habían detenido a la criada y al chófer y estaban saqueándolo todo. Lo vi de lejos y comprendí que la segunda parte del plan había fracasado».

No habían transcurrido sino dos horas desde el asesinato de Trujillo. El general Arturo «Navajita» Espaillet, actuando con decisión y rapidez, se había reunido con el general «Pupo» Román Fernández, ministro de las Fuerzas Armadas, quien no se atrevió a detenerle, sino que por el contrario, le siguió en la investigación que se iniciaba. «Aquella debilidad le costaría la vida después de ser inconcebiblemente torturado durante muchos días.

La Policía encontró cerca del lugar del atentado el Chevrolet del dictador, medio oculto en unos matorrales, y al chófer, capitán Zacarías de la Cruz, gravemente herido. También encontró el Mercedes de Salvador Estrella y la pistola de reglamento de Antonio de la Maza. Una hora y media después del asesinato, localizaba en la Clínica Internacional al capitán Pedro L. Cedeño, que iba a ser operado. Le administraron anestesia local, para poderle interrogar en la misma mesa de operaciones, mientras le extraían las balas del

estómago, y así lograron conocer los nombres de algunos de los conjurados, como el general Juan Tomás Díaz y Antonio de la Maza. A media-noche estaban ya registrando sus domicilios.

En casa del general Díaz hallaron el maletín que llevaba el dictador en su coche, con 103.000 dólares, que iba a guardar en la caja fuerte de la hacienda Fundación. Es que para Trujillo no existían fondos públicos y privados; todo el dinero que se recaudaba en el país le pertenecía, como las vidas y propiedades de sus súbditos. En el registro encontraron también la condecoración de cinco estrellas de brillantes que llevaba el generalísimo. Pero su cuerpo seguía sin aparecer.

«Empezamos entonces a pensar —dijo uno de los hombres que llevó a cabo la investigación y que ahora vive exiliado en Madrid— que habían arrojado el cadáver del jefe al mar, que lo habrían devorado los tiburones».

Pero en un registro llevado a cabo en un garaje situado junto a la casa del general Juan Tomás Díaz, encontraron un Oldsmobile que tenía señales de haber participado en el tiroteo. Los costados estaban agujereados a balazos y en el interior se veían cápsulas de revólver y de fusiles-automatizadas «Garand M-1». El portaequipajes estaba cerrado con llave y entonces uno de los oficiales de la Policía ordenó abrirlo a tiros. Allí estaba el cuerpo del Generalísimo Trujillo, contra el que, sin saberlo, habían estado disparando. Por eso, en el certificado de defunción se hace constar que el cadáver presentaba diecisiete balazos, cuando en el curso del atentado sólo recibió tres.

EL REINO DEL TERROR

Aquella noche fueron detenidos centenares de dominicanos y se desencadenó el terror. La Policía detuvo a los cinco hermanos de Antonio de la Maza, a su padre, un anciano que estaba enfermo; a sus cuñados y sobrinos, a los criados. Detuvo también a los familiares, vecinos y amigos del general Juan Tomás Díaz y siguió deteniendo en forma indiscriminada. Al amanecer no había ya sitio en las terribles prisiones del «9» y del «40»; en las celdas, con una capacidad total para cincuenta personas, se asfixiaban trescientas. Los detenidos habían sido totalmente desnudados; atados de pies y ma-



TRUJILLO

que participaron sus hijos Salvador y César, salió loco de la prisión. El general Fallo se suicidó, lo mismo que «Bibin» Román Fernández, hermano del ministro de las Fuerzas Armadas. La idea de nuevos interrogatorios, tan brutales como los que habían padecido, les resultaba insostenible.

UNA OLVIDADA PESADILLA

Sobre el general José René «Pupo» Román Fernández se cebaron, sedientos de venganza, los miembros de la familia Trujillo. Nunca le perdonaron que, casado con una sobrina del dictador y ministro de las Fuerzas Armadas, hubiera participado en una conspiración que, de haber triunfado, lo hubiera convertido en jefe del Gobierno provisional. César Saillant, un amigo íntimo de Ramfis Trujillo, ha contado cómo fue el calvario y la muerte del general Román Fernández.

Saillant tiene motivos para estar informado. Ramfis le encomendó misiones de absoluta confianza, tales como la de llevar a Suiza al señor Robert Heftlé, su representante financiero, el testamento que nombraba a su madre, doña María, heredera única, desheredando a sus hijos que eran los beneficiarios del «Sifmar Registered Trust» (Sifmar, al revés Ramfis), con un capital de 300 millones de dólares (21.000 millones de pesetas).

Saillant cuenta que el general Román Fernández se encontraba detenido en la cárcel del «9», en el interior de la base aérea de San Isidro, donde se había instalado Ramfis Trujillo. Allí se le sometió a inconcebibles tormentos. Le cosieron los párpados a las cejas; le arrojaron ácido sobre el cuerpo; le introdujeron varillas metálicas en el conducto urinario y en el colon, produciendo luego descargas eléctricas.

«Nunca había visto una "pela" tan bien dada como la que acaba de darle Ramfis a «Pupo». Lo hubieras visto cómo brincaba», comentó un día el coronel «Pirulo» Sánchez Rubirosa a César Saillant.

Por último, le mataron. Saillant describe así el comportamiento de sus antiguos amigos:

«El día fijado para la ejecución, Ramfis salió de su casa acompañado por

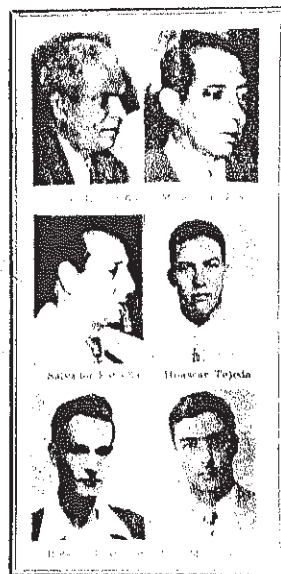


Señor: Te rogamos que la bondad de tu misericordia infinita dé paz eterna a las almas de los mártires del 18 de Noviembre de 1961.

Recordatorio y condena de unos crímenes inútiles.

RECUERDO
de las aulentes honras fúnebres celebradas en la Santa Iglesia Catedral por el descauso eterno de las almas de los mártires del 18 de Noviembre de 1961, vil y cobardemente asesinados en la Hacienda Marfa (San Cristóbal) por Ramfis Trujillo, Doña José León Estévez, Gilberto Sánchez Rubirosa y Fernando A. Sánchez hijo.

ORACION
Acoged, Sagrado Corazón de Jesús, las fervientes plegarias que por vuestra dignísima mediación y la de vuestra amantísima Madre, la Virgen de la Altagracia, os elevamos, para que las almas de vuestros siervos, los mártires del 18 de Noviembre de 1961, gocen de luz perpetua y descausen eterno. Amén.
Santo Domingo, D. N.
18 de Noviembre de 1962.



su entonces cuñado Luis José León Estévez. Llevaba el revólver de su padre. Román Fernández, que se encontraba ya casi sin vida después de tantas torturas, fue arrastrado y atado a un poste, para que pudiera mantenerse en pie. Luego, convertido en blanco semi-viviente, fue recibiendo los disparos que le hacían Ramfis y Luis José, poco a poco, a las manos, a los brazos, a los hombros, a los pies, a las piernas, a las rodillas, a los muslos. Así lo fueron acerbando, con la misma impasible crueldad con que lo habían torturado».

Ramfis había jurado, ante el cadáver de su padre, «vengar su muerte en todas las generaciones vivientes de los asesinos y hacerlo con sus propias manos y con el revólver de su padre». Casi pudo cumplir plenamente el bárbaro juramento. Cuando murió, en diciembre pasado en Madrid a consecuencia de un accidente de automóvil, sólo habían logrado salvarse de su sangrienta obsesión Antonio Imbert y Luis Amiana Tió, que permanecieron ocultos durante los cinco meses y medio que duró su decadente reinado y el «tercer hombre», que aunque fue detenido y después torturado, logró que nadie supiera —ni aun hoy— el papel jugado en la conspiración.

A mediados de noviembre de 1961 las masas dominaban las calles de la capital, que había vuelto a ser bautizada con el nombre de Santo Domingo, y destruían los bustos, las placas y los monumentos levantados en honor del dictador. Ramfis comprendió que ya no podía continuar en el país y fijó la fecha de su partida para el día 18. Ese día, horas antes de embarcar, mandó que el capitán Pedro L. Cedeño, el senador Modesto Díaz, los ingenieros Salvador Estrella, Huáscar Tejada y Roberto Pastoriza y el abogado Luis «Tunti» Cáceres, directamente comprometidos en la conspiración, que habían sobrevivido a veintiséis semanas de interrogatorios, fueran sacados de la prisión y llevados por última vez ante él y sus amigos. Sus cuerpos no se encontraron jamás.

Los Tribunales dominicanos juzgaron, después del derrocamiento del régimen, a Ramfis Trujillo, a su ex cuñado, José Luis León Estévez; al coronel Gilberto «Pirulo» Sánchez Rubirosa y al general Fernando A. Sánchez, hijo, acusándoles de esas muertes y los condenaron en rebeldía a la máxima pena que permite la legislación del país: 30 años de prisión. Por residir en España se pidió al Gobierno su extradición, pero las demandas no han prosperado.

Horas después de cumplir su venganza, Ramfis y sus amigos embarcaron en el yate «Angelita», al que previamente se había llevado el féretro del dictador. Pero al llegar a la isla de Martinica, las autoridades dominicanas lograron convencer a la tripulación que regresara. Ramfis siguió viaje en avión a París para unirse con su familia, que ya se había exiliado semanas antes, y el «Angelita» volvió a Santo Domingo. El féretro fue abierto y se comprobó que el generalísimo Rafael Leónidas Trujillo, benefactor y padre de la patria nueva, estaba muerto y bien muerto. El ataúd fue cerrado de nuevo y un avión lo llevó a París. Allí se halla inhumado, en el cementerio del Pere Lachaise, en un mausoleo de granito, bajo un crucifijo rojo. Sólo dos letras, la T y la O recuerdan la memoria de quien reunió centenares de títulos y condecoraciones y por quien se cambió de nombre a la primera ciudad fundada por los españoles en América. En Santo Domingo, para los jóvenes que abrieron los ojos a la vida en la revolución popular de 1965, que vieron sofocarla a los «marines» norteamericanos y que sueñan con la hora de la justicia, Trujillo sólo es una incomprensible leyenda, un ser mítico que existió antes de la Historia. Sic transit gloria mundi. **FIN**